

Dianella Gambini

EL ROMANTICISMO
Y LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Morlacchi Editore

Prima edizione: 2009

Ristampe 1.
2.
3.

In copertina: *El coloso* (estampa suelta, 1810-1818). Grabado a la aguatin-ta bruñida de Francisco de Goya. [http://commons.wikimedia.org/wiki/File:El_coloso_\(estampa_suelta_de_Goya\).jpg](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:El_coloso_(estampa_suelta_de_Goya).jpg)

ISBN/EAN: 978-88-6074-313-8

copyright © 2009 by Morlacchi Editore, Perugia.

Tutti i diritti riservati. È vietata la riproduzione, anche parziale, con qualsiasi mezzo effettuata, compresa la copia fotostatica, non autorizzata.

editore@morlacchilibri.com – www.morlacchilibri.com.

Stampa: Digital Print-Service, Segrate, Milano (settembre 2009).

Índice

1. Introducción al Romanticismo	7
2. Los grandes temas del Romanticismo	41
3. Difusión de las teorías románticas alemanas	61
4. Marco histórico del Romanticismo español (1800-1850)	65
5. El Romanticismo español	101

Introducción al Romanticismo

No es fácil llegar a fijar conceptualmente el Romanticismo, ya que los aspectos múltiples y hasta contradictorios que presenta hacen que se resista a todo intento clasificatorio. A ello, hay que sumar el hecho de que las tendencias que entroncan con el concepto general de Romanticismo presentan manifestaciones bastante diferentes, dependiendo de la cultura de cada país y de su grado de participación en el fenómeno.

El carácter heterogéneo del Romanticismo no significa que se presente como una aglomeración inconexa y plural de corrientes independientes. Hay un Romanticismo “literario” y “artístico”, un Romanticismo “social”, y un Romanticismo “político”, precisamente porque todas las actividades humanas fueron condicionadas o modificadas por este movimiento de ideas. La complejidad del impulso y orientación no debe hacer olvidar que, precisamente por tratarse de una realidad histórica y colectiva, no puede ser percibida adecuadamente, sino en la continuidad vital que la constituye, y en cuanto condiciona íntimamente las actitudes y las expresiones de los hombres de aquella generación.

Por eso, para el objeto del presente estudio, nos ha parecido oportuno acompañar el análisis de la dimensión literaria con la ilustración de la coyuntura histórica, ya que la literatura fue la expresión -y la teoría literaria del Romanticismo la proclamación consciente- de una actitud vital espontáneamente desplegada en unas tendencias sociales y políticas que constituyeron la esencia del espíritu de la época¹.

* * *

Ha habido críticos que han hablado de un Romanticismo “eterno”, estimulante de la libre creatividad, frente a la regularidad de un espíritu clásico ordenador (o, negativamente, esterilizador) de la espontaneidad y de la actividad del sujeto².

1. «El romanticismo literario sería ante todo una manifestación peculiar y particular del romanticismo histórico, que en el marco concreto de la literatura es exponente de un modo de pensar y de sentir propio que le caracteriza» (MORENO ALONSO, M., *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1974, p. 53).

2. Las visiones opuestas de clásico/romántico son teorizadas por Spengler en *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* (1919-1922), que ha influido en CABA, P., *El hombre romántico (interpretación)*, Madrid, Colenda, 1952.

Sobre la diferencia existente entre el Romanticismo “eterno” -entendido como categoría de la sensibilidad que se manifiesta en el arte incluso en épocas muy distantes- y el Romanticismo “histórico” -como movimiento que se materializa y desarrolla en el siglo XIX- cf. PEYRE, H., *Qué es verdaderamente el Romanticismo*, Madrid, Doncel, 1972. Con un significado muy diferente, la definición «Romanticismo histórico» es utilizada también por el crítico H. Juretsckhe en el ensayo *Origen doctrinal y génesis del romanticismo español* (Madrid, Ateneo, 1954), al que haremos referencia más adelante (cf. *ivi*, n. 101).

Esta conceptualización, por genérica que pueda parecer, constituye, sin embargo, el mejor punto de partida para captar la esencia ideológica y el planteamiento estético del Romanticismo “histórico”, movimiento nacido en el siglo XIX de la reivindicación de la centralidad cósmica del hombre:

Por primera vez quizá en la historia de la civilización occidental, un sistema que consiguió su manifestación más espectacular en el mundo de las artes -sobre todo literatura y música- se encontró respaldado por un poderoso edificio filosófico, el de Kant y el idealismo, que introdujo una perspectiva nueva y revolucionaria. El hombre como fuente y medida del conocimiento, de la ética, del juicio estético, la naturaleza como proyección del yo, abrían el camino a un subjetivismo que, si por un lado se oponía a la concepción tradicional de una realidad preordenada, por el otro reivindicaba en el individuo la autonomía de su conducta práctica. En este sentido, la liberación de las reglas pseudoaristotélicas [...] no fue más que un aspecto de la lucha contra toda forma de prejuicio, de verdades preconcebidas e indiscutibles, por el derecho del hombre a contruirse «orgánicamente», como se decía, tanto sus moldes literarios como sus sistemas filosóficos y políticos³.

No cabe duda de que hay que remontarse al Siglo de las Luces para comprender las razones del profundo individualismo romántico: sus raíces se hallan en las doctrinas ilustradas del Enciclopedismo francés y de la *Aufklärung* alemana -defensores del libre pensamiento y de la libre conciencia- y en el movimiento prerromántico, rehabilitador del mundo de las emociones íntimas ante una razón cartesiana que pretendiendo conocer «lo universal y sólo

3. CALDERA, E., *La polémica romántica en Europa: episodios, temas de debate, manifiestos*, en AA. VV., *Historia de la literatura española*, Siglo XIX, director V. García de la Concha, Madrid, Espasa-Calpe, 1997, t. I, p. 105.

lo universal»⁴ había sometido a una rigurosa contención la efusión de los sentimientos personales e impedido en el arte el vuelo libre y creativo.

Aunque, como lugar común, Ilustración y Romanticismo se consideran antitéticos por suponer el segundo una reacción contra el racionalismo setecentista, sin embargo, no es posible oponerlos de manera rotunda, ya que representan fases distintas, pero inseparables, del proceso de desarrollo de la cultura laica y liberal elaborada por la burguesía⁵. Esta clase, en ascenso económico durante el Siglo

4. BOUSOÑO, C., *Épocas literarias y evolución*, Madrid, Gredos, 1981, t. II, p. 28.

5. No cabe duda de que en el período del reformismo ilustrado están las raíces del liberalismo decimonónico así como del Romanticismo. R. Herr (*España y la Revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1988) ha ido más lejos en el examen de su génesis y ha considerado la época de la Ilustración como la culminación del proceso empezado en el Renacimiento durante el cual la religión fue poco a poco desalojada de su posición privilegiada y se produjo un aumento de la libertad para expresar nuevas ideas. Juicio que si resulta difícilmente discutible en la conexión intelectual que expone, podría en cambio criticarse respecto de la aceptación de las supuestas bondades del proceso. Pero eso implicaría un estudio que no podemos acometer en esta sede. En este sentido, sigue el autor citado, en España el panorama del nuevo pensamiento se produjo en la segunda mitad del siglo XVIII, a resultas de la penetración en la Península de las "Luces" a través de diferentes vías (p. ej. los novatores), y a consecuencia de la Revolución francesa de 1789. Todo ello determinó el choque violento de dos tendencias de signo contrapuesto, la «reformista» y la «conservadora». Moreno Alonso (cf. *ob. cit.*) completa la parábola interpretativa de Herr afirmando que en el marco histórico de la España prerromántica, en la medida en que va desintegrándose el Antiguo Régimen, se manifiestan las dos actitudes contrapuestas de las que surgirán, en el período sucesivo, dos Romanticismos: el de sentido contrarrevolucionario y conservador, y el liberal y revolucionario, respectivamente. Los primeros prerrománticos españoles se inclinan ya, a fines del siglo XVIII, por una actitud u otra. Hervás y Panduro, por una parte, y Marchena, por otra, son dos ejemplos bien característicos de la doble divergencia que desde un principio adquiere el movimiento romántico. En realidad no se puede